

Alicante



Momentos de Alicante

Gerardo Muñoz

En un rincón lóbrego de la mazmorra más segura del castillo de Santa Bárbara, expiraba un hombre de unos cincuenta años de edad que había nacido en Confrides con el nombre de **Muhammad Al-Mellini**, aunque era más conocido por el nombre con el que fue bautizado bajo coacción: **Cristóbal**.

Nueve semanas llevaba encerrado en aquella prisión oscura y pestilente, cubierto por una camisa hecha jirones y unas calzas raídas, descalzo y con los tobillos engrillados. Nueve semanas en las que no había probado bocado por voluntad propia. A pesar de ello, las heridas que le infligieron tras ser capturado habían cicatrizado en pocos días. Cristóbal era un hombre robusto y sano, pero, con el transcurrir de los días y el ayuno total que se impuso, su cuerpo empezó a debilitarse progresivamente. Y ahora, dos meses después, se encontraba agonizando, acostado sobre el suelo húmedo, incapaz de mover un solo músculo desde hacía varios días. La última vez que recibió, tres días antes, la visita del terco sacerdote que estaba empeñado en salvarle el alma, no le respondió cuando le preguntó si por fin accedía a confesar sus pecados. Permaneció callado, guardando el silencio que también se había impuesto al ser encerrado. Pero esta última vez, aunque hubiese querido, no habría podido hablar. Ya no tenía fuerzas ni para mover los labios.

Tres años antes, en octubre de 1609, miles de moriscos que se negaron a ser expulsados de sus tierras buscaron refugio en el Valle de Laguar. Entre ellos estaban Muhammad y sus hermanos. El mayor de ellos, **Ahmed**, también conocido por su nombre cristiano de **Gerónimo**, fue elegido caudillo. Dos cronistas que estuvieron presentes en el Valle de Laguar durante la rebelión escribieron sobre los Al-Mellini: «(...) levantaron y reconocieron todos por su caudillo (dándole nombre de Rey) a Gerónimo Mellini, natural de Confrides, de la valle de Guadaleste, hombre pobrísimo, vil, inquieto y sedicioso, el qual nombro luego por su Teniente y capitán general a Christoval Mellini hermano suyo en sangre y costumbres» (capitán **Antonio del Corral y Rojas**); «Gerónimo Mellini tenía 50 años y era molinero de oficio y que tres meses del año esquilava oveja» (**Gaspar Juan Escolano**).

El 20 de noviembre de aquel fatídico año de 1609 el ejército y las milicias cristianas irrumpieron en el Valle de Laguar, en lo que se de-

EL ÚLTIMO MORISCO

nominó batalla de Petracos, aunque realmente no fue más que una cruel matanza de campesinos inofensivos. Los cronistas fueron unánimes al describir tan horrible masacre: los soldados extranjeros de los Tercios se dedicaron a matar a cuantos moriscos pillaban en su despavorida huida, sin respetar a las mujeres ni a los niños: «Murieron de los rebeldes mas de mil y quinientos, usando los soldados de las crueldades que traen consigo semejantes ocasiones», explicó Escolano, antes de describir las escenas más terribles: «Porque los niños de teta arrebatavan de los brazos de las madres, y los estrellavan en las peñas; y por no detenerse a quitarles los zarcillos a ellas, les cortavan las orejas. Reconociendo un soldado una Mora muerta por si llevaba dineros o joyas, la vio que por una puñalada que tenía en la barriga, salía una mano de un niño, y movido a lastima, (efectos de la predestinació) le acabó de sacar, y dandole el sagrado bautismo, murió luego. Muchas mugeres se cubrían el rostro con las faldillas, y abraçadas con sus hijos, se arrojaván por las peñas abaxo, y pensando hallar mejor acogimiento que en los soldados; y todos los que cahían heridos, antes de ser muertos, eran luego despojados, y quedavan desnudos.»

Los moriscos buscaban refugiarse en la cima del Caballo Verde, el peñón más alto de los que rodean el valle, y adonde ya habían llegado los Al-Mellini. Viendo tan cruel masacre, los hermanos Al-Mellini bajaron del peñón para auxiliar a los suyos. Fue entonces cuando, según los cronistas cristianos, Gerónimo Mellini «se ofrecio a morir como valeroso Moro».

Los miles de moriscos que lograron refugiarse en lo alto del peñón Caballo Verde se aprestaron a resistir hasta la primavera, agarrados desesperadamente a una vana esperanza: que con el buen tiempo llegase la prometida ayuda turca. Eligieron como nuevo caudillo a **Miguel Piteu**, de Benimaurell, antiguo justicia del Valle de Laguar, pero renunció a los dos días. Entonces, según Escolano, «salio nombrado un tal **Blanco de Salon**: y cansado de serlo solo un día, nombraron finalmente a un hermano de Mellini». Por su parte, Del Corral escribió que Cristóbal Mellini fue elegido «successor de su hermano, pero sin título de Rey».

Nueve días terribles pasaron los moriscos en lo alto del peñón, por culpa sobre todo de la sed. Varias fueron las embajadas que envió Al-Mellini para negociar una rendición, pero ninguna fructificó. Hasta que por fin, el 28 de noviembre, aceptaron los moriscos las condiciones que les proponía el jefe de las tropas sitiadoras, **Agustín Mexia**.

Al día siguiente descendieron del peñón los moriscos sobrevivientes. Eran entre 16.000 y 17.000, de los cuales fueron embarcados en los



Detalle del embarque de los moriscos en Alicante. (Oromig 1612-1613)

puertos de Denia y Jávea 13.200 rumbo al exilio. El resto murió antes de embarcar o fueron tomados como sirvientes (esclavos, en realidad) por los soldados y milicianos, siendo niños la mayoría de ellos.

En lo alto del Caballo Verde fueron encontrados unos 4.000 cadáveres. Pero entre ellos no estaba Cristóbal Mellini porque la noche anterior había huido junto con sus hijos, hermanos y otros dos mil hombres. Fueron perseguidos por la milicia efectiva, pero no les dieron alcance. Según el cronista **Damián Fonseca**, Al-Mellini huyó porque «viendo el negocio mal parado y sospechando que para él por ventura no hubiera misericordia (...) se huyo aquella noche y se llevo muchos de sus amotinados».

Acertó Al-Mellini al sospechar del futuro funesto que le esperaba si se rendía. Otros miles de moriscos que se habían refugiado más al norte, en el valle de Ayora, en la cima de las Muelas de Cortes, habían sido también asediados por el ejército y las milicias del rey cristiano. Se rindieron pocos días después de conocer lo sucedido en el Valle de Laguar durante la batalla de Petracos. El caudillo de los rebeldes en Muelas de Cortes, **Vicente Turigi**, no se rindió y huyó junto con otros 150 hombres. Consiguieron cruzar el Júcar, pero fue apresado en una cueva y conducido a Valencia, donde fue ahorcado y degollado el 16 de diciembre, siendo exhibida su cabeza en la antigua puerta de San Vicente.

Al-Mellini y los suyos vivieron ocultos en las montañas, dedicados al bandolerismo para subsistir. A mediados del año siguiente (1610),

el Consejo de Estado ordenó que fueran desterrados los moriscos esclavizados. Muchos de ellos, en su mayoría adolescentes, huyeron y se unieron a Al-Mellini.

El 21 de mayo de 1611, el virrey firmó en Valencia un edicto que ordenaba fueran denunciados y entregados todos los moriscos huidos. Y, al día siguiente, firmó otro anunciando recompensas de 60 libras por un morisco vivo y 30 por uno muerto.

Un año después eran ya muy pocos (menos de cien) los moriscos que seguían fugitivos en las montañas con Al-Mellini. Consciente de que no podrían resistir mucho más tiempo, éste envió un mensaje al virrey, **marqués de Caracena**, con las condiciones de su rendición: no se les expulsaría ni se les condenaría a galeras, dejándoles quedarse como criados de particulares. El virrey aceptó las condiciones, pero cuando los moriscos abandonaron el bandolerismo y se entregaron a **Baltasar Mercader**, el comisario real que había organizado las embarcaciones de los expulsos en el puerto de Alicante, fueron condenados a galeras. Excepto Al-Mellini, que fue encerrado a perpetuidad en un lúgubre calabozo de la fortaleza alicantina.

En protesta por el engaño sufrido, Muhammad Al-Mellini, conocido entre los cristianos como Cristóbal Mellini, se declaró en huelga de hambre, muriendo de inanición al cabo de nueve semanas.